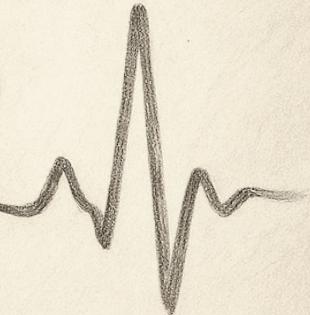
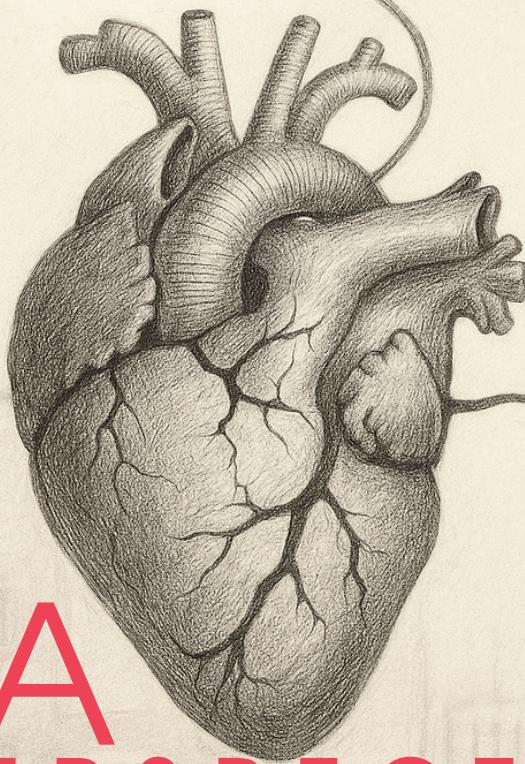


VÍCTOR IBARRA

Resilencia:
Lo que aprendí al
borde del abismo



LA PERSPECTIVA

Desde el Más Allá

Hay momentos en los que el corazón no llama... grita

La Perspectiva Desde el Más Allá

**Y no, no es un libro sobre
encuentros paranormales**

Versión reeditada 2025

VÍCTOR ALFONSO IBARRA OSORIO

“ La Vida es tan irónica: se necesita tristeza para saber qué es la felicidad, ruido para apreciar el silencio y la ausencia para valorar su presencia ”

Autor Desconocido

Contenido

Prólogo.....	4
Capítulo 1: La fragilidad de la Existencia	6
Capítulo 2: La Llamada Inesperada.....	10
Capítulo 3: Entre Sombras y Claridades: Un peregrinaje que me alejaba de este mundo	18
Capítulo 4: El Milagro de la Recuperación.....	27
Capítulo 5: Regresar a la Vida	32
Capítulo 6: La Perspectiva desde el Más Allá.....	37
Capítulo 7: Vivir sabiendo que todo termina.....	42
Capítulo 8: Segundas Oportunidades, o Últimos Adioses	46
Capítulo 9: Agradecimientos.....	50

Prólogo

En el sendero de nuestra existencia, inevitablemente llegamos a encrucijadas que sacuden los cimientos de nuestro ser, empujándonos hacia caminos inesperados donde debemos enfrentar nuestros más profundos miedos y cuestionar nuestras certezas más arraigadas. Este pequeño libro, "*La Perspectiva Desde el Más Allá*", nació precisamente de una de esas travesías inesperadas; una jornada íntima y transformadora en la que un hombre común, alguien, se encontró frente a frente con la fragilidad de la vida y la inmensidad de la muerte, pero que emergió pretendiendo ser transformado por esa experiencia

A lo largo de estas páginas, acompañarás los pasos de un hijo, esposo, padre y profesional cuya existencia dio un giro abrupto al recibir el devastador diagnóstico de un infarto agudo al miocardio. De repente, este hombre ordinario se hallaba al borde de un abismo, contemplando el vacío con ojos aterrados y, al mismo tiempo, llenos de anhelo por descubrir qué yace más allá del dolor y el miedo.

A través de mis propias palabras, te invito a caminar conmigo por la penumbra de esa experiencia, a sentir cómo la vida se revela con absoluta claridad cuando la oscuridad parece cubrirlo todo. Juntos buscaremos respuestas en medio del caos, encontraremos significado entre las sombras y emprenderemos un camino de regreso hacia la luz renovadora de la esperanza.

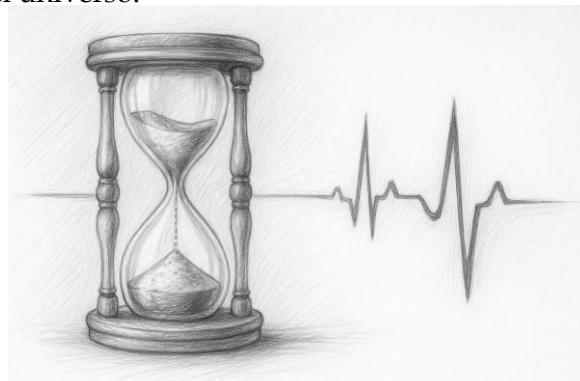
Sin embargo, este relato trasciende la mera supervivencia; es una meditación sobre lo efímero y maravilloso de la vida humana, un llamado urgente a vivir con gratitud, intención y plena conciencia. Mis reflexiones

pretenden despertar en ti la valentía para enfrentar tus propios desafíos, la compasión para abrazar tus vulnerabilidades y la determinación para seguir avanzando aun cuando todo parece perdido.

Este libro es, en esencia, un canto a la resiliencia del espíritu humano y al poder infinito del amor, capaz de atravesar fronteras que ni siquiera la muerte puede contener. Espero sinceramente que mis palabras sean como un faro iluminando tu camino en los momentos más oscuros, recordándote que incluso en la desesperación más profunda, la esperanza siempre brilla y el amor siempre prevalece.

Con humildad y profunda gratitud, te invito a sumergirte en este viaje personal, a ser testigo de cómo, contra todo pronóstico, encontré la luz en las tinieblas y la esperanza en la desolación. Que esta historia te inspire a vivir cada instante con pasión, honrando el precioso regalo que nos fue concedido: la vida misma.

Y que nunca olvides que mientras exista un latido en tu pecho, siempre habrá lugar para la esperanza y para el amor, ese hilo invisible y eterno que une cada alma en el hermoso tejido del universo.



Capítulo 1: La fragilidad de la Existencia

"Es imposible no replantear tu vida, cuando ha sido la vida misma la que ha replanteado tu existencia."

Estas palabras se quedaron grabadas en mi alma con la fuerza de una verdad ineludible, un eco constante en mi mente que me acompaña cada día desde entonces. En ocasiones, la vida decide apartarnos de la comodidad de lo cotidiano, arrancándonos bruscamente de nuestras certezas para confrontarnos con la verdad más cruda: la vulnerabilidad de nuestra existencia.

Recuerdo claramente aquella tarde de profunda introspección, meses después de haber sobrevivido a esa experiencia que transformaría por completo mi percepción del mundo. Estábamos reunidos en una zona verde, tranquila, rodeados de árboles que parecían guardar silencio, respetuosos testigos de nuestra conversación. Allí, en medio de una charla colectiva sobre lo vivido, alguien pronunció con sencillez y fuerza esa frase que resonó en cada fibra de mi ser: *"Es imposible no replantear tu vida, cuando ha sido la vida misma la que ha replanteado tu existencia"*. Desde entonces, esas palabras se convirtieron en mi brújula, una guía silenciosa para revisar constantemente mis pasos y reflexionar sobre cómo estaba aprovechando el invaluable regalo de estar vivo.

Enfrentar cara a cara la posibilidad real de la muerte es una experiencia que te despoja de todas las máscaras, que revela con claridad absoluta la fragilidad y precariedad inherente a nuestra condición humana. Nos despierta

abruptamente a la conciencia de que el tiempo no es eterno, sino un recurso precioso, efímero, que se desliza entre nuestros dedos con rapidez inesperada. Frente a esta realidad, somos invitados a desprendernos de lo superficial, a abandonar lo trivial y a abrazar lo verdaderamente importante: amar profundamente, cultivar conexiones genuinas y crecer desde el interior hacia afuera.

Cuando la vida nos presenta la oportunidad de replantearnos a partir de esa perspectiva, descubrimos que nuestras prioridades cambian radicalmente. Dejamos de perseguir metas efímeras y riquezas pasajeras para volcarnos en la búsqueda de relaciones auténticas, sueños apasionados y una profunda paz interior que resiste al caos externo. En esos momentos comprendemos que, aunque no tenemos control sobre lo que sucede a nuestro alrededor, siempre conservamos el poder absoluto sobre nuestra respuesta ante cada circunstancia.

Quizá muchos hemos recibido del destino una segunda oportunidad, una ocasión para renacer de las cenizas con más fuerza y sabiduría. Es la vida misma recordándonos con suavidad y firmeza que cada instante merece ser vivido con intensidad y gratitud, que cada día es una bendición irrepetible, llena de posibilidades y aprendizajes.

Y es que lamentablemente, con frecuencia, nos encontramos atrapados en la ilusión de que el tiempo es nuestro aliado inagotable, que siempre habrá un mañana para hacer lo que hoy nos posponemos. Pero la vida misma nos recuerda con crudeza que esta noción es solo un espejismo. Cuando enfrentamos la realidad de nuestra propia mortalidad, comprendemos que el tiempo es un

recurso finito y precioso, que no podemos darnos el lujo de desperdiciar.

Nos acostumbramos a aplazar nuestros sueños, nuestras metas, nuestras expresiones de amor y gratitud, como si el mañana estuviera garantizado. Sin embargo, la verdad es que nunca sabemos cuánto tiempo nos queda en este mundo. La vida puede cambiar en un instante, y las oportunidades que dejamos pasar pueden convertirse en remordimientos que nos persiguen en el futuro.

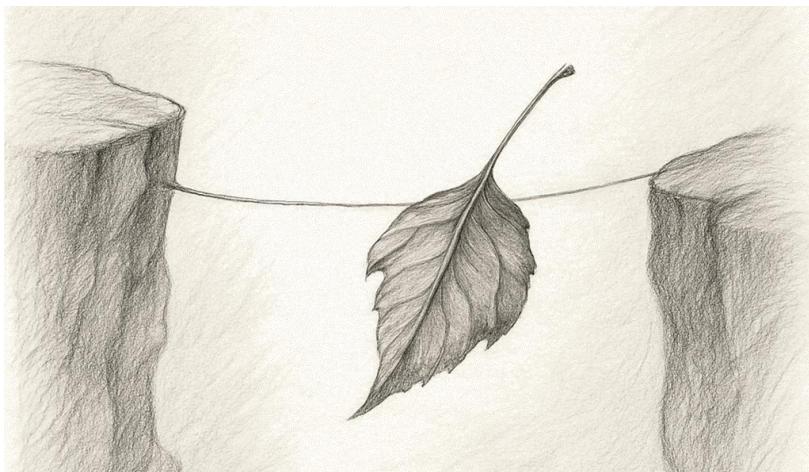
Por eso en ocasiones, la vida, en su infinita sabiduría y a veces dolorosa pedagogía, nos recuerda con dureza que esa seguridad es tan solo una ilusión, un espejismo que se desvanece al primer contacto con la realidad. Esta revelación nos exige despertar del letargo de complacencia y tomar las riendas de nuestra propia existencia. Es momento de abrazar cada día como una nueva oportunidad para vivir con pasión y propósito, para decir lo que sentimos, para perseguir nuestros sueños con valentía. Porque finalmente, lo único que verdaderamente poseemos es el presente, y es nuestra responsabilidad aprovecharlo al máximo.

La vida es como una delicada vela encendida en medio de la oscuridad; un leve soplo de viento, un segundo inesperado, puede apagar su llama sin aviso. Así, en un instante breve y fugaz, podemos estar sonriendo junto a un ser querido, compartiendo una despedida casual, sin saber que aquel simple gesto sería nuestra última memoria compartida. Otros, incluso, ni siquiera tienen el privilegio de decir adiós. Esta metáfora nos recuerda con ternura y crudeza la importancia de valorar cada instante, de atesorar cada palabra, de abrazar cada sonrisa como si fuera la última. Decir lo que sentimos sin temor, perseguir sueños

con determinación, amar sin reservas. Porque finalmente, el presente es todo cuanto poseemos realmente, y aprovecharlo al máximo es nuestra más sagrada responsabilidad.

Nunca olvidemos que el cielo no nos permite decidir cuánto tiempo nos queda en este mundo, pero sí nos otorga el maravilloso don de elegir cómo queremos vivir cada instante que se nos concede. No permitamos que el mañana se convierta en una excusa permanente para posponer la vida. Abracemos el presente con pasión, determinación y gratitud, conscientes de que cada día es un regalo inmenso que merece ser celebrado, honrado y vivido plenamente.

Te invito a continuar este recorrido conmigo, explorando juntos cada capítulo, para descubrir cómo transformar las crisis en oportunidades y los desafíos en valiosas lecciones de vida. Sigamos adelante en este viaje hacia la reflexión profunda y el crecimiento personal.



Capítulo 2: La Llamada Inesperada

"La fragilidad de nuestra existencia nos lleva siempre a la posibilidad de recibir una llamada que puede cambiar tu vida."

A veces la vida susurra al oído, otras veces simplemente grita para hacerse escuchar. Aquel domingo, que parecía ser como tantos otros, la vida decidió levantar su voz con una claridad estremecedora. El sol acariciaba con suavidad la habitación, filtrándose tímidamente entre las cortinas, como un invitado discreto que no desea interrumpir demasiado. El aroma cálido y reconfortante del café recién preparado envolvía cada rincón de la casa, como un abrazo silencioso que prometía tranquilidad. Desperté con la dulce intención de un día dedicado al descanso, ignorando por completo que, horas más tarde, la calma se desvanecería abruptamente como arena entre mis dedos.

Habíamos desayunado juntos, mi esposa, mi hijo y yo, compartiendo risas cotidianas y conversaciones ligeras, ajenos a la tormenta que ya empezaba a formarse en el horizonte invisible del destino. Pasado el mediodía, mi cuerpo comenzó a enviar señales sutiles de que algo no estaba bien. Un malestar ligero, al que resté importancia, se fue intensificando poco a poco hasta convertirse en un dolor punzante y extraño, como una aguja invisible perforando lentamente mi pecho. Una sensación fría recorrió mi columna, y sentí el peso sofocante de una mano que parecía presionar desde adentro, queriendo silenciar mis latidos.

El miedo despertó dentro de mí como una fiera dormida. A pesar de ello, intenté mantener una calma aparente, sonriendo con esfuerzo para evitar que mi esposa

percibiera la magnitud del temor que ya corría por mis venas. No soy un hombre acostumbrado a la visita constante a médicos, ni a la fragilidad propia de las enfermedades. El solo hecho de aceptar que era necesario llamar a urgencias era ya una clara advertencia de que algo en mí se estaba quebrando profundamente.

Recuerdo vívidamente las manos temblorosas de mi esposa al marcar el teléfono, su voz quebrada tratando de describir mi estado. Cada segundo se sentía como una eternidad mientras esperaba la llegada de los médicos, como si el tiempo mismo hubiese decidido detenerse, amplificando mi incertidumbre y ansiedad. Pero yo seguía ahí, tranquilo -por lo menos superficialmente, para no generar en ella más preocupación. Hasta el momento, ninguno de los dos era consciente de la complejidad del asunto, sin embargo, la incertidumbre era abrumadora, y por dentro, sentía como si estuviera en una montaña rusa emocional sin control.

Cuando por fin llegaron, pretendí minimizar mi condición; sin embargo, la mirada seria y decidida del personal médico dejó claro que aquello ya escapaba de mis manos, siendo enfática en la urgencia de ser trasladado a un centro asistencial donde se contará con más herramientas para una atención prioritaria. Comenzaba así un viaje del que desconocía su rumbo y aún menos su destino, el cual me tendría fuera de mi casa por los siguientes once días.

Al llegar al hospital, esperé durante varias horas una atención médica real. Después de pasar el *triage*, tuve que sentarme en una sala colapsada de personas que requerían el servicio de urgencias. En esa sala había de todo, desde personas que sentían alguna molestia menor (quizá sin

importancia) hasta otras que se lamentaban del dolor e incluso sangraban. Por supuesto, éstos últimos gozaban de prioridad para ser ingresados a la atención médica.

Justamente esa sala de urgencias era un reflejo cruel de la fragilidad humana. Allí, el dolor y la desesperación coexistían, manifestándose en gemidos, lágrimas silenciosas y ruegos que no siempre obtenían respuesta inmediata. Las horas avanzaban con lentitud tortuosa. Mi esposa permanecía fiel a mi lado, aferrando mi mano como quien sostiene un salvavidas en medio de un océano embravecido, incapaz de ocultar su agotamiento ni su creciente preocupación.

Después de ser llamado, el médico de turno ordena un primer electrocardiograma, el resultado que obtuvo lo llenó de más dudas que aciertos, por lo que ordenó un segundo examen más profundo. Pasaron alrededor de tres horas hasta que fui llamado para la lectura de los resultados. Mi esposa a mi lado, incondicional, pero agotada por la incomodidad de la silla y angustiada por la incertidumbre de mi estado de salud, siguió ahí, siempre a mi lado, dándome su apoyo y sosteniendo mi mano.

Sin embargo, las noticias no fueron alentadoras. El médico advirtió un posible infarto agudo del miocardio, resaltando además que el resultado obtenido no era común y por ello, un nuevo examen debía ser practicado, esta vez más especializado, llevando consigo un mayor tiempo para la entrega de resultados. La incertidumbre aumentaba con cada resultado obtenido, y el frío de la sala penetraba en mis huesos, fundiéndose con la helada verdad que comenzaba a delinearse frente a mí.

Es así como la espera, se prolongó en medio de llantos y quejas en la sala de urgencias por parte de las personas que, así como eran atendidas, parecían multiplicarse, pues seguían llegando cada instante. Fueron alrededor de 4 o 5 horas más de incertidumbre, yo sin perder mi frágil tranquilidad, mientras mi esposa no lograba ocultar su angustia.

Es en ese momento donde escucho de nuevo mi nombre por el altavoz que me solicita desplazarme a un consultorio. Allí, de nuevo el médico procede a entregarme los resultados, menos alentadores que los anteriores. En ese momento, pude percibir como un frío recorrió rápidamente mi cuerpo. Por un par de segundos, mi mente quedó en blanco, tratando de asimilar las posibilidades, pero como hasta entonces, conservando una tranquilidad ahora menos factible de llevar.

Después de colocarme medicamentos para el dolor, detectaron que la saturación de oxígeno en mi cuerpo caía estrepitosamente, mis pulmones no estaban respondiendo y pronto podría colapsar mi sistema respiratorio, tal y como si se tratara de las sintomatologías producidas por el COVID, enfermedad que fue descartada después en uno de los tantos exámenes que me fueron realizados.

Mi respiración se debilitaba cada minuto, como si el aire se negara a entrar en mis pulmones, convirtiéndose en un aliado esquivo que escapaba justo cuando más lo necesitaba. Colocaron una pequeña mascarilla de oxígeno en mi rostro para intentar preservar mi existencia.

A partir de ese momento, el personal médico actuaba con una rapidez frenética, mientras yo luchaba por

mantener la calma. Pero aquella noche, el caos controlado por parte del personal médico entrando y saliendo con urgencia constante fue una evidencia silenciosa de la gravedad del momento. Luego de estar horas esperando atención médica, me encontraba ahora con que diversos profesionales pasaban cada par de minutos por mi camilla, sin ocultar su preocupación, pero guardando un silencio desorientador.

Para ese momento, había pedido a mi esposa que fuese a casa a descansar un poco, pues habían pasado ya dos días interminables en la sala de urgencias sin lograr dormir. Su tío, Obed, se ofreció a acompañarme durante la noche, una noche en la cual, tendríamos horas oscuras, pues mi estado de salud empeoraría minuto a minuto.

Pasada la medianoche, mi saturación bajó aún más y el dolor en el pecho seguía presente, sin dar tregua. Fue necesario reemplazar la ligera mascarilla de oxígeno, por una de mayor tamaño y más potencia para tratar de mantener a ritmo mis pulmones. La dosis de tramadol, más allá de generar alivio, afectó más mi condición generando mareos y desconcierto.

La frecuencia de visita del personal médico seguía siendo constante, eso era para mí un signo de alarma, así que pedí a mi acompañante que fuera hasta la barra de atención y consultara por mi estado de salud. Él accedió, se desplazó por el pasillo de aquella clínica, conversó un poco con el médico internista, y luego regresó manifestando que no tenían aún un diagnóstico claro sobre mi estado. Más tarde me daría cuenta que mi acompañante, no había tenido la valentía de decirme la cruda verdad. Hoy, por supuesto lo entiendo, pues no creo que en ninguna circunstancia sea

fácil decirle a un amigo que además en ese momento está bajo tu cuidado, que pronto podría morir, no, por supuesto que no sería fácil en ningún escenario.

Pero, quienes me conocen saben que soy una persona que indaga, que pregunta, que se inquieta y busca respuestas, así que en medio del silencio frío de la madrugada aproveché el momento en que justamente el internista llegó a revisar mis signos vitales y le expresé, que como paciente tenía el derecho de conocer mi estado de salud, más aún cuando habían pasado ya dos días sin tener claridad de qué pasaba en mi cuerpo. Un silencio pesado llenó la habitación. Vi en los ojos del médico la lucha interna antes de pronunciar palabras que, como piedras lanzadas con fuerza, destrozaron segundos más tarde, lo que quedaba de mi serenidad.

El médico miró fijamente a mi acompañante, el momento fue tenso y el silencio nuevamente reinó por unos segundos. Esto me permitió entender que ya Obed sabía a plenitud cuál era mi estado real. Yo, por mi parte, sosteniendo lo que quedaba de mi mesurada y tranquila forma de asumir la situación, insistí en que podría ser honesto y reiteré el uso de mi derecho a conocer la realidad.

Fue en ese momento, rodeado de máquinas y monitores, que la realidad de mi situación me golpeó con fuerza. Las palabras del médico confirmaron la gravedad de mi condición, entregándome un diagnóstico que me acercaba a la muerte o a la imposibilidad de seguir viviendo mi vida como lo venía haciendo hasta ahora, por las graves afectaciones que podría tener mi corazón. En ese momento, me encontraba al borde de un abismo que me enfrentaba la posibilidad de no volver a ver la luz del día.

Justo en el borde de un abismo, se encontraba esa delgada línea donde la vida y la muerte sostienen su eterno duelo. Mi corazón, aquel órgano incansable y fiel, podría apagarse en cualquier instante, dejando tras de sí una vida inconclusa, sueños interrumpidos y amores profundamente arraigados.

¿Cómo explicar lo que se siente cuando la muerte deja de ser una idea lejana para convertirse en una compañera cercana y real? No sé si logres considerar como es recibir una noticia de este talante. Estar en tu cotidianidad, gozando de salud, viviendo tu vida de una u otra manera y de repente, de un momento a otro, escuchar de un experto de la salud, que quizás solo te queden horas o minutos de vida. ¿Qué podría hacer yo entonces? La respuesta es simple: nada. No era médico para tratar de hacer conjeturas sobre mi salud o mis posibilidades, tampoco podría por más que quisiera, cambiar el rumbo de mi destino. Solo una opción segura tenía, confiar en Dios, en su misericordia y aceptar su voluntad, cualquiera que fuese.

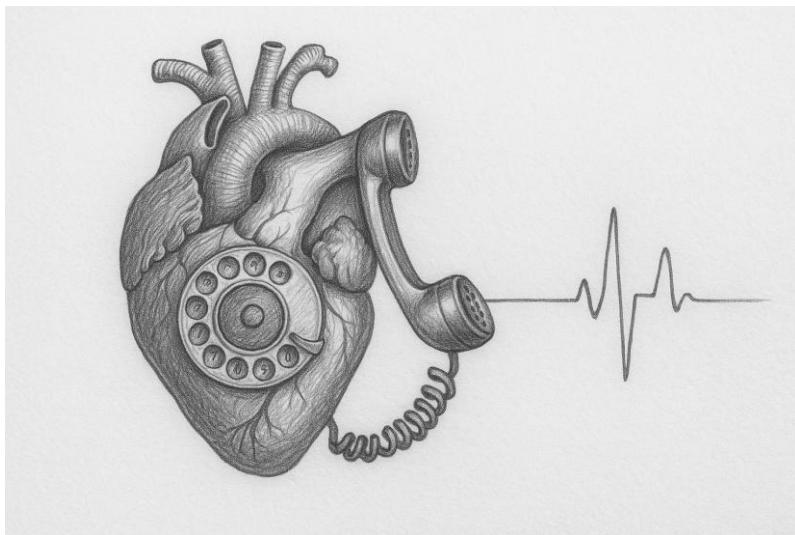
Fue por ello que, a pesar del miedo y la incertidumbre, una chispa de esperanza se mantuvo viva en mi interior en cada una de las circunstancias que me sobrevinieron desde entonces. Una fe inquebrantable en que, si Dios lo permitiera, aún tenía mucho por hacer en este mundo e incluso, que, si no estaba en sus planes que conservara mi vida, aceptarlo con tranquilidad, por supuesto, reconociendo dentro de mí una gran nostalgia por mi vida y por las personas que hacen parte de ella.

Sin embargo y tratando de aferrarme a lo que quedaba de mí ya quebrantada tranquilidad y en medio de esa incertidumbre, elegí proteger a quien más amaba y le pedí a

mi acompañante, no decirle nada a mi esposa. Ella quizá estaba sufriendo más que yo, por lo que sería injusto cargarla con un peso que en ese momento no podría cargar.

Aquel día la vida llamó con inesperada contundencia. Como un trueno que rompe de golpe la quietud del cielo, su llamada cambió para siempre mi historia, recordándome con dureza y claridad que la existencia puede girar radicalmente en un instante, despojándonos de certezas y obligándonos a aprender la dura lección de vivir plenamente, sin postergar, sin excusas.

Pero a pesar de la crudeza de los hechos, este relato también es un canto a la esperanza, a la fuerza interior, y al milagro silencioso de seguir respirando, latido tras latido, contra todo pronóstico.



Capítulo 3: Entre Sombras y Claridades: Un peregrinaje que me alejaba de este mundo

"Decir que vi un túnel, sería mentir, pero lo que sí puedo afirmar es que el camino que recorría me alejaba cada vez más de este mundo."

Fue justo después de aquel diagnóstico abrumador cuando inicié un auténtico peregrinaje, un viaje inundado de sombras profundas y destellos fugaces de claridad. Un sendero que, aunque no tenía la forma del clásico túnel de luz, me conducía inevitablemente hacia un destino desconocido, lejos del mundo familiar y conocido.

Y es que desde pequeños nos han hablado sobre un túnel luminoso que "aparece" al final de nuestra existencia, una imagen repetida tantas veces que parece haberse convertido en una verdad universal. Sin embargo, allí, en los confines de mi propia vida, a solo pasos del umbral definitivo, comprendí que esa descripción no se ajustaba en absoluto a mi realidad. No vi un túnel, ni una luz brillante esperándome pacientemente en el extremo lejano. Mi experiencia fue distinta, más profunda y a la vez menos tangible; una lenta deriva hacia un lugar desconocido, donde cada respiración, cada latido, me alejaba paulatinamente de todo lo que conocía y amaba.

Cada instante se sentía como caminar sobre una cuerda floja suspendida sobre un vacío infinito, sabiendo que al otro lado no me esperaba una luminosa revelación, sino la incertidumbre absoluta de lo desconocido. No había guías ni señales, solo la certeza profunda e inquietante de que me

estaba apartando, paso a paso, del calor familiar de la vida hacia un frío que, aunque sereno, desconocía por completo. Fue en esa ausencia de túneles y luces resplandecientes, en la desnuda honestad de mi travesía personal, donde inicie el camino que me llevaría verdaderamente a valorar la importancia de cada segundo, cada palabra, cada abrazo que me mantenía aún unido a este mundo.

Pero más que transitar por un túnel con una luz a su final, este recorrido fue como caminar por un laberinto oscuro, incierto y lleno de dudas. Cada paso era como avanzar sobre un puente de cristal, sabiendo que cualquier movimiento en falso podía romperse y precipitarme hacia un abismo insondable. Sin embargo, no estaba solo en este difícil trayecto; Andrea, mi esposa, fue siempre mi compañera fiel, presente en cada instante.

Fue así como regresó al siguiente día hasta la sala de urgencias, muy temprano con la intención de recibir de nuevo el turno a su tío que me había acompañado toda la noche y quién había asumido conmigo el compromiso de no revelar mi estado real de salud. Al llegar hasta mi camilla, ella me observó rodeado de aparatos, cables y una máscara de oxígeno que dificultaba mis palabras, sentí cómo su corazón se quebraba un poco más. Traté, con todas mis fuerzas, de reconstruir un semblante de tranquilidad que apenas logró ocultar mi propia angustia.

Al verla, también entendí que dejarme solo esa noche, no fue sinónimo de descanso para ella, al contrario, su rostro reflejaba un interminable insomnio seguramente acompañado de incontables lágrimas. Eso reforzaba mi acuerdo con Obed, pues sería injusto entregarle a ella un peso mayor al que ya tenía que llevar. En ese momento,

recuperé fuerzas como pude y reconstruí con los pedazos, una pasible tranquilidad que intenté transmitirle sin éxito.

Pero con su visita ese día, también llegaron nuevas noticias, personal médico había iniciado trámites para mi traslado a un centro médico de mayor nivel, pero la incertidumbre persistía como una niebla densa que impedía ver con claridad el camino que tomaría mi estado de salud. Y aunque los trámites no daban frutos visibles, ellos, sin dar más detalles, continuaron en sus rutinas, dejando más sombras que claridades respecto a cuál era el camino por el que transitaba mi estado de salud.

Ella, desde ese momento, sin apartarse de mi camilla, empezó a llamar a cada uno de los amigos y contactos que se le ocurrió, tratando de buscar quién podría ayudarle a gestionar el tan anhelado traslado y lograr así recibir una atención médica adecuada para mi situación. Fue hasta entonces, cuando en medio de una llamada, una noticia quebrantó su tranquilidad hasta ahora apenas sostenible.

Un amigo en común, estaba realizando algunas gestiones para tratar de ayudarnos, y en medio de la llamada le aseguró a Andrea que no había disponibilidad de camas en ninguna Unidad de Cuidados Intensivos y que por ello el traslado era complejo. ¿Una UCI?, ¿Cómo así?, fueron sus primeras preguntas. Por supuesto, nuestro amigo al otro lado de la línea, desconocía que ella no era consciente de mi estado real de salud. Él trató de calmarla, de suavizar un poco la situación, pero dentro de ella, esas sombras grises relacionadas con mi estado de salud, ahora se tornaron mucho más oscuras.

Después de la llamada, era necesario asimilar la realidad, pues aquella noticia fue como un rayo inesperado que iluminó la verdadera gravedad de la situación, llenando sus ojos de sombras aún más oscuras. La realidad nos golpeó con una fuerza arrolladora, haciéndonos entender nuestra impotencia ante lo inevitable. Cuestionarse claro, fue una de las etapas que vivió. Pero como ya dije antes, ni ella ni yo podríamos hacer nada más. Así que Andrea, consciente de ello, recurrió entonces a la única esperanza que nos quedaba: un mensaje pidiendo oraciones en el grupo familiar, confiando plenamente en la misericordia divina.

Posteriormente y luego de mucha espera, llegó la tan anhelada ambulancia para realizar el traslado, fue ahí cuando sentí que comenzaba un viaje definitivo, un tránsito hacia lo desconocido. El trayecto se sintió como un borrón que te resetea la vida, con flashes de luces y sonidos de sirenas que se desvanecían en el fondo de mi conciencia, mientras mi mente se llenaba con imágenes de mi hogar, mi esposa y mi pequeño hijo, era imposible no pensar en ellos. Pensé en todas aquellas palabras y sentimientos que, por descuido o timidez, había dejado sin expresar. La vida me estaba enseñando, con dolorosa claridad, que el tiempo es demasiado valioso para desperdiciarlo en silencios innecesarios.

Al llegar a la Clínica, el personal médico estaba listo en la puerta para recibirme. Un grupo conformado por alrededor de siete profesionales de la salud esperaba pacientemente mi llegada a la Unidad de Cuidados Intensivos. Ver a tantos profesionales de la salud atendiéndome en conjunto, generó en mi interior un

quebranto mayor, pues demostraba que mi salud, cada vez se debilitaba más.

Toda mi ropa me fue retirada, colocaron en mi cuerpo un pañal, pues desde ese momento me sería imposible levantarme de la camilla. Me conectaron tantos aparatos en mis brazos, pecho y nariz, que, aunque quisiera, no podía cambiar la posición en la que me encontraba en esa camilla. Luego, procedieron a informarle a mi esposa que en ese lugar no podría quedarse conmigo. Una noticia desgarradora para ella, que ahora con una angustia mayor, debía retirarse a casa a esperar la llegada de un nuevo día para poder ingresar a la clínica y saber de mí.

Los días en la UCI fueron un desfile de diversos especialistas: internistas, infectólogos, cardiólogos, neumólogos, fisioterapeutas. Cada uno desde su especialidad, revisando una parte diferente de mi cuerpo, al parecer, no solo el corazón y los pulmones estaban afectados.

Desde el momento en que fui ingresado en la unidad de cuidados intensivos, me sumergí en un mundo paralelo, distante de la realidad que alguna vez conocí. Las grandes luces del recinto destellaban como estrellas distantes en un cielo nocturno, y el sonido constante de las máquinas me recordaban la fragilidad de mi propia existencia. Cada hora era una batalla silenciosa por sobrevivir.

Pero justamente en medio de esas luces blancas y frías, el miedo se convirtió en mi sombra perpetua. Y es que justamente allí, en la unidad de cuidados intensivos, el tiempo se desdibujaba en una neblina confusa de días y noches interminables. Cada segundo era una batalla, una

lucha desesperada por mantenerme aferrado a la esperanza de vivir, aun cuando cada examen que me practicaban tenía un resultado más desalentador. Sin embargo, los médicos y enfermeras se convirtieron en mis guías a través de este territorio desconocido y sus voces tranquilizadoras fueron como faros en la oscuridad.

Fue así como los días en la unidad de cuidados intensivos se convirtieron en una sucesión interminable de momentos incómodos y dolorosos. Cada dos horas, como un reloj implacable, el personal médico ingresaba a mi habitación para realizar exámenes, tomando muestras de sangre que dejaban un rastro de huellas en mis brazos. Cada pinchazo de aguja era un recordatorio punzante de mi fragilidad, un precio que debía pagar en mi lucha por la vida.

Y sí, definitivamente dormir se convirtió en un lujo fugaz y esquivo en medio del caos y la agitación constante de la unidad. Las pocas horas de descanso se veían interrumpidas por el zumbido de los aparatos, el murmullo de las conversaciones en el pasillo y la incomodidad de estar conectado a una maraña de cables y tubos que me mantenían atado a la realidad médica que me rodeaba.

Cada posición en la camilla, se volvía más incómoda que la anterior, y las huellas de los chuzones invadían mis manos dejando un testimonio silencioso de las innumerables inyecciones y pruebas médicas a las que había sido sometido en mi lucha por sobrevivir.

Con cada procedimiento y con el paso lento del reloj, el miedo en mi interior continuaba acechándome en cada rincón oscuro de mi mente. Me llevaba a preguntarme

constantemente, ¿Qué pasaría si no sobrevivía? ¿Qué sería de mi familia sin mí? ¿Había cumplido con todo lo que había venido a hacer en este mundo? Dudas que se acrecentaban cada día a las cuatro de la tarde, cuando el médico de turno se paraba afuera de mi habitación a entregar a mi esposa el dictamen de mi evolución, un dictamen cada vez menos alentador, dictamen que ella me ocultaba, pero el cual yo siempre lograba escuchar en medio del silencio que caracterizaba la hora de aquella ronda.

Sin embargo, en medio de la oscuridad también hubo momentos de profunda paz. Momentos en los que me sumergía en un estado de serenidad, aceptando lo que fuera que Dios tuviera reservado para mí. En esos instantes de serenidad, comprendí que la vida es un regalo efímero y que nuestro deber es vivir cada momento con pasión y gratitud.

Pero, también en medio de la oscuridad, había destellos de luz. La visita diaria de Andrea, mi esposa, la única persona que tenía autorización para ingresar hasta mi unidad de cuidados intensivos, y quién a través de videollamadas me permitía ver a mi pequeño Samuel, se convirtieron en un rayo de sol en un día nublado, llenando la habitación con su amor y su esperanza. Sus palabras de aliento resonaban en mi alma, dándome fuerzas para seguir adelante incluso cuando todo parecía perdido. Palabras que decía para tranquilizarme, pero que en su interior ella misma no creía, a juzgar por sus ojeras cada día más pronunciadas, que evidenciaba además de su angustia, sus largas noches de llanto.

Más adelante, mi madre, una mujer mayor y cuyo corazón se encontraba destrozado por la incertidumbre relacionada con la vida de su hijo, pudo ingresar mediante

un permiso especial hasta mi camilla. Con su paso lento por el peso de los años que venían acompañados de sus enfermedades, ingresó hasta mi unidad, sin lograr ocultar el vidrioso llanto en sus ojos. Al verla acercarse lentamente, su rostro surcado por lágrimas silenciosas, comprendí la profundidad del dolor que mi condición generaba en quienes más amaba. Me mostré fuerte por ella, sabiendo que mi fortaleza era ahora también la suya.

Tampoco puedo olvidar los múltiples mensajes que recibía diariamente. Fue motivante y conmovedor, saber que tantas personas estuvieron pendientes de mi recuperación. Mi esposa, cada día, me leía uno a uno los mensajes que enviaban a mi celular, a mis redes sociales. Ese sin duda, se volvió nuestro hobby en los días en la UCI. Cada mensaje de apoyo que recibía se convertía en un bálsamo reconfortante, un recordatorio constante de que no estaba solo. Cada palabra leída por Andrea era una fuente de esperanza y motivación para resistir un día más.

Fue durante esos momentos de lucidez, entre los latidos irregulares de mi corazón y el susurro de las máquinas, que me sumergí en un mar de reflexiones. Fue entonces cuando recordé los momentos preciosos que había compartido con ella, con mi hijo, con mi familia y con mis amigos, los sueños que aún quería alcanzar, así como las palabras que nunca había dicho pero que ahora me urgía expresar.

Sin embargo, debo reconocer, que, a pesar de mi fe en Dios, nunca pedí a él que guardara mi vida, pues no soy quién para decirle a Dios qué hacer. Esto no quiere decir que mi fe en Dios haya flaqueado en algún momento en mi paso por la UCI, por el contrario, siempre he pensado que Dios, en su infinita sabiduría, sabe mejor que nadie lo que es más

adecuado para cada uno de nosotros. Por eso, en mi oración, sólo le pedí humildemente que cumpliera su voluntad y que me diera la fortaleza, la serenidad y la sabiduría necesarias para aceptar su decisión, fuera cual fuera. Rogué también, con todo mi corazón, que cuidara de mi familia, que los cubriera con su protección y amor, brindándoles consuelo y paz si mi camino debía terminar allí. Mi fe no era una exigencia ni una condición, sino una entrega absoluta a su misericordia y designio.

Fue así como ese peregrinaje diario, marcado por sombras y destellos de claridad, se convirtió en un recordatorio doloroso de la fragilidad de la vida, pero también fue para mí un despertar. Un llamado a vivir cada día con intensidad, a amar con pasión, a perseguir nuestros sueños con valentía. Porque solo cuando enfrentamos la muerte cara a cara, podemos apreciar verdaderamente el milagro de estar vivos.



Capítulo 4: El Milagro de la Recuperación

"Cuando el hombre no puede hacer más por ti, en ese momento y solo ahí, Dios se manifiesta para que recuerdes siempre su amor."

Después de haber transitado por ese camino lleno de sombras, emergir del otro lado y encontrarme vivo fue verdaderamente un milagro, despertar nuevamente a la vida era algo simplemente inexplicable. Cada latido que resonaba en mi pecho se convirtió en un recordatorio palpable de la fragilidad y lo valioso que es el regalo de la existencia. Sin embargo, el proceso de recuperación fue un viaje lleno de desafíos y pequeñas victorias, un camino que me llevó desde los abismos de la desesperación hasta las cumbres de la esperanza. Fue como escalar una montaña escarpada, con días difíciles donde el avance parecía mínimo y otros donde el paisaje comenzaba lentamente a llenarse de esperanza.

Luego de tantos exámenes y de recibir noticias desalentadoras, los días empezaban a dejar ver un poco más la luz del sol. Tras innumerables exámenes y diagnósticos desalentadores, cada nuevo amanecer empezó a revelar pequeñas señales de recuperación. Cada mañana o al final de la tarde, un aparato más era desconectado, ya no requería su uso. Las máquinas que alguna vez parecían ser parte permanente de mi cuerpo, comenzaron una a una a desconectarse, como si mi cuerpo estuviese reencontrando la capacidad innata de sostenerse por sí mismo. Mis pulmones, que alguna vez lucharon con desesperación por un poco de oxígeno, ahora respiraban profundamente, con confianza creciente. Incluso el humillante pañal y la

incómoda mascarilla de oxígeno pasaron de ser una triste necesidad a simples recuerdos de días oscuros ya superados.

Fue así como un día, el cardiólogo entró en mi habitación con evidente perplejidad en su rostro. Tras realizar un último y profundo examen, confesó su desconcierto absoluto: el infarto que había asediado mi corazón, confirmado por múltiples exámenes y responsables de llenar mis pulmones de sangre, había desaparecido sin dejar huella alguna. La ciencia guardaba un respetuoso silencio ante aquella situación inexplicable.

Él nunca pudo científicamente explicarme qué sucedió, pero yo lo entendí de inmediato: Cuando el hombre no puede hacer más por ti, en ese momento y solo ahí, Dios se manifiesta para que recuerdes siempre su amor. No había otra explicación, la ciencia no pudo hacerlo. Todo fue producto de su misericordia, aun cuando yo no la merecía y eso fue justamente un recordatorio poderoso de que hay un amor mayor que nos sostiene, especialmente en esos momentos en los que todas las demás fuerzas han fallado.

Al día siguiente, despertando ya en la tranquilidad de mi habitación hospitalaria, la luz cálida del amanecer se filtró suavemente, iluminando mi rostro como una caricia divina. Cada respiración era ahora una oración silenciosa y se sentía como un regalo, cada latido un agradecimiento profundo. Aunque mi cuerpo estaba débil y mi espíritu tambaleante, sabía que había sido bendecido con una segunda oportunidad en la vida.

Pero la verdadera dicha, estaba por llegar. Ese día, después de nueve días de no poder verlo físicamente,

logramos, después de gestionar un permiso especial, que mi hijo Samuel pudiera visitarme en mi habitación.

No serían suficientes las palabras para describir el momento en que entró corriendo a la habitación, con su grito inocente de “*Papi*”, lanzándose a mis brazos, fue como un rayo de sol atravesando un cielo cargado de tormentas. Su abrazo silencioso fue suficiente para derribar toda barrera emocional. Mi corazón latió con renovada fuerza, como si no hubiese sufrido lo que sufrió los días anteriores; mis pulmones se llenaron de aire puro, y mis ojos se inundaron de lágrimas de alegría y gratitud. Fue esa calma frágil la que llevó a que esa calma que había fingido mantener durante días finalmente cediera espacio a una sonrisa auténtica, llena de esperanza y profundo amor.

Aunque su visita fue breve, su impacto fue inmenso. Ahora, me sentía más fuerte, con más ganas de seguir luchando. Desde ese momento, sentí que podía enfrentar cualquier desafío que el futuro tuviera reservado para mí. Sabía que mi cuerpo aún se encontraba afectado y que requeriría tiempo y dedicación para sanar completamente por lo vivido, en mi interior tenía ya la firme convicción de levantarme y continuar caminando mi camino, pero ahora, acompañado por el amor incondicional de mi familia, el camino lucía mucho menos intimidante.

Pero el verdadero milagro de mi recuperación no radicaba solo en la curación de mi cuerpo, sino también en mi transformación interior. Durante esos días de convalecencia, tuve la oportunidad de reflexionar sobre el propósito y sentido de mi existencia. Descubrí con claridad que la vida no consiste en grandes logros materiales, sino en

la capacidad de amar profundamente, de perdonar generosamente y de crecer constantemente desde el alma.

El amor y apoyo inquebrantable de mi esposa, fue mi refugio más firme en medio de la tempestad. Su presencia constante, su apoyo inquebrantable, me dio las fuerzas cuando sentía que no podía seguir adelante. Cada muestra de afecto, cada palabra susurrada con cariño, cada abrazo compartido, era una evidencia tangible del poder sanador del amor, capaz de aliviar incluso las heridas más profundas del corazón.

Aun así, en mi camino hacia la recuperación hubo momentos oscuros, instantes donde la duda y la desesperación parecían capaces de eclipsar mi fe y la fatiga amenazaba con abrumar mi determinación. Fueron precisamente en esos instantes, cuando todo parecía perdido, que más me aferré a mi creencia en Dios. Recordé que Él camina junto a nosotros incluso en los valles más oscuros, siendo siempre la luz tenue pero persistente que nos guía hacia la esperanza.

Y así, día a día, paso a paso, fui sanando. Con paciencia y esfuerzo constante, fui recuperando fuerzas. Mi corazón se fortalecía, mi cuerpo se recuperaba, y mi espíritu se elevaba hacia nuevas alturas de gratitud y amor. El milagro de mi recuperación no fue solo un evento singular, sino un proceso continuo de transformación y renacimiento.

Pero justamente, fue ahí, durante las largas horas de recuperación, que tuve momentos especiales en los cuales reflexionaba profundamente sobre el valor incalculable de las pequeñas cosas que anteriormente daba por sentado. El simple hecho de sentir la brisa fresca acariciando

suavemente mi rostro a través de la ventana, el sonido lejano y reconfortante de risas infantiles que llegaban desde los pasillos del hospital, o incluso la dulzura reconfortante de un sorbo de agua fresca, esa que en mis días normales suelo no disfrutar plenamente; todas estas cosas cobraban ahora un significado profundo, un recordatorio constante de la sencillez y belleza de la vida cotidiana.

Aprendí además la importancia del perdón y la reconciliación conmigo mismo y con aquellos que habían formado parte de mi historia personal. En esos días de quietud forzada, comprendí que llevar cargas emocionales innecesarias solo endurecía mi corazón y limitaba mi capacidad para amar libremente. Liberarme de esas cargas fue un paso crucial hacia mi recuperación integral, permitiéndome avanzar con ligereza y gratitud renovada hacia la vida que se abría nuevamente ante mí.

Mirando al futuro con esperanza renovada, entendí finalmente que cada día es un regalo único e irrepetible, una oportunidad invaluable para vivir con pasión, amar sin reservas y agradecer profundamente cada instante que se nos concede en esta maravillosa travesía llamada vida.



Capítulo 5: Regresar a la Vida

"Regresar a la vida, es saber que, durante un tiempo, los fantasmas habitaran tus propios pensamientos."

Nos han hecho creer que para regresar verdaderamente a la vida es necesario haberla perdido por completo. Que hace falta ese pitido prolongado y angustiante del monitor cardiaco, ese temido "*piiiii*" que marca el cese absoluto de toda actividad vital para hablar de un retorno. Nos han contado que sólo tras ese silencio escalofriante y clínico es posible hablar de milagros. Pero hoy puedo decirte, con la certeza que solo otorgan las experiencias al filo, que no hace falta morir físicamente para estar muerto. Hay muertes lentas, silenciosas, que no hacen ruido pero desgarran igual. Yo las viví, una tras otra, con cada dictamen que desahuciaba mi existencia, con cada mirada preocupada de un médico, con cada examen que parecía firmar mi despedida.

Por eso, cuando hablo de regresar a la vida, lo hago desde un lugar distinto. Lo digo como quien estuvo en una sala blanca, con luces frías y el alma en pausa. No escuché el pitido ininterrumpido del monitor, pero sí sentí cómo mi existencia se escurría entre los dedos sin hacer estruendo. Regresar a la vida, entonces, fue renacer sin haber expirado, fue volver a habitar mi cuerpo desde una conciencia nueva, más despierta, más agradecida. Fue entender que cada día no era simplemente una extensión del anterior, sino un milagro renovado que debía ser abrazado con asombro.

Regresar a la vida después de haber enfrentado la sombra de la muerte fue como emerger desde las profundidades del océano, deslizándome lentamente hacia

la superficie donde la luz del sol me esperaba con los brazos abiertos. Cada respiración era un renacimiento, cada latido de mi corazón una melodía de esperanza y gratitud. Sin embargo, también es necesario reconocer que el viaje hacia la plenitud no fue fácil; estaba marcado por desafíos y pruebas que me recordaron la fortaleza del espíritu humano.

El regreso a casa fue un bálsamo para mi alma herida. Cada rincón de mi hogar estaba impregnado con el amor y la calidez de mi familia, recordándome que no estaba solo en este viaje hacia la recuperación. La fragancia familiar del lugar, los rostros conocidos, incluso los sonidos cotidianos —la risa de mi hijo, el ruido de los platos, el murmullo de la televisión— adquirieron un significado nuevo, casi sagrado. Cada paso que daba era un paso hacia adelante, un paso hacia una normalidad que ahora se sentía como un lujo, como un privilegio redescubierto.

Sin embargo, el camino hacia esa plenitud estaba plagado de obstáculos. Mi cuerpo aún se estaba recuperando de lo vivido, y cada día presentaba nuevos desafíos físicos y emocionales. Había jornadas en las que la fatiga se apoderaba de mí con una fuerza casi aplastante, y momentos en los que el simple acto de respirar parecía una tarea monumental. Pero en esa fragilidad, justamente en esos momentos de debilidad, descubrí una fuerza que desconocía, una resiliencia silenciosa que me impulsaba a no rendirme, a no quedarme quieto, a seguir avanzando paso a paso, latido a latido.

Regresar a la vida también significaba aceptar nuevas reglas y nuevos estilos de vida. La dieta estricta, la vigilancia constante, la suspensión de actividades físicas... todo eso se convirtió en parte de mi nueva cotidianidad. Pero lejos de

ser una carga, aprendí a ver en ello un acto profundo de amor propio. Alimentarme de forma consciente se convirtió en un ritual de cuidado, un pacto silencioso entre mi cuerpo y mi alma. Cada plato servido no era solo alimento, era medicina, era gratitud tangible hacia un cuerpo que, a pesar de todo, seguía luchando por mí.

Pero el mayor reto no siempre fue físico, el regreso a la vida también significaba enfrentar los fantasmas del pasado. Había batallas silenciosas, aquellas que se libraban en el terreno invisible de la mente. A veces, cuando la noche caía y todo estaba en silencio, los fantasmas aparecían. Los pensamientos oscuros, las dudas, los recuerdos de aquel abismo al que estuve tan cerca de caer. Todo volvía con fuerza. Me encontraba entonces librando una guerra interna, entre el miedo al pasado y la esperanza del futuro. Pero incluso en esos momentos de mayor vulnerabilidad, en esos momentos de oscuridad, una pequeña luz persistía, como una llama tenue pero persistente: la certeza de que había vuelto para algo, de que mi vida aún tenía un propósito. Esa pequeña llama me recordaba que cada día era una nueva oportunidad para empezar de nuevo, para dejar atrás el pasado y abrazar el futuro con valentía y determinación.

Claro que esto no solo me pasaba a mí. Mi esposa también comenzó su propio proceso de recuperación. Su sueño nunca volvió a ser igual. Por las noches, despertaba varias veces solo para asegurarse de que yo aún respiraba. A veces se acercaba con sigilo, como quien teme comprobar una verdad dolorosa. No podía soportar oír un respiro fuerte o un movimiento brusco sin que su mente activara una alarma silenciosa. Ella también fue perseguida por sus

propios fantasmas, por esas memorias invisibles que le recordaban cuán cerca estuvo de perderme.

Regresar a la vida fue también entender que las emociones tienen su propio ritmo. No se curan con recetas ni obedecen a calendarios. Algunas heridas físicas cerraron antes que las emocionales, y aprendí que sanar el alma es un proceso tan delicado como coser con hilo de luz los pedazos rotos del espíritu. En ese tiempo de introspección, descubrí lo valioso que es permitirnos llorar, dudar, temer... y aún así elegir continuar. Porque regresar a la vida no es volver igual: es volver distinto, más consciente, más humano.

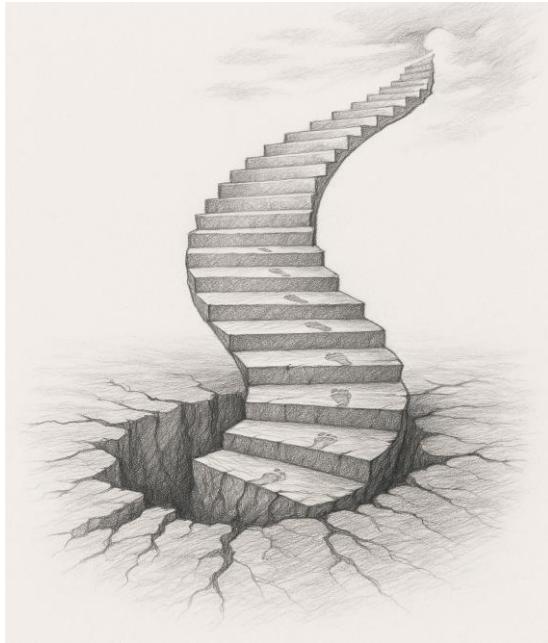
La vida después de una experiencia así se convierte en una combinación extraña de gratitud y temor. Agradeces cada amanecer, cada conversación sencilla, cada beso en la frente. Pero también aprendes que nada está garantizado, que todo puede cambiar en un segundo. Esa conciencia transforma tu manera de estar en el mundo. Te vuelve más presente, más compasivo, más consciente. El ruido del mundo comienza a silenciarse para dar paso al sonido del alma.

Y así, día a día, paso a paso, regresé a la vida con renovada fuerza y determinación. Cada desafío era una oportunidad para crecer, cada obstáculo una lección que aprender. Me di cuenta de que volver a la vida no era simplemente un proceso biológico; era una decisión diaria. Elegir la esperanza en lugar del miedo. La alegría, a pesar del dolor. La entrega, incluso en la incertidumbre.

A medida que me sumergía más profundamente en la corriente de la vida, comprendí que la existencia no se mide por la ausencia de sufrimiento, sino por la intensidad con la

que elegimos vivir incluso en medio de la adversidad. Cada momento, incluso el más insignificante, se convirtió en una oración sin palabras, en un recordatorio de que mientras hay vida, hay propósito. Y mientras miraba hacia el horizonte con esperanza y gratitud, supe que había encontrado una misión silenciosa pero poderosa: vivir cada día con pasión y propósito, y recordar siempre que la vida es un regalo precioso que debe ser valorado, honrado y celebrado.

Porque regresar a la vida no es simplemente volver a respirar: es aprender a mirar de nuevo, a escuchar con atención, a abrazar con intención. Es entender que los segundos no son solo parte del tiempo, sino fragmentos de eternidad que merecen ser vividos con toda el alma. Es volver al mundo con cicatrices, sí, pero también con alas. Y con el firme deseo de que cada día, incluso el más gris, pueda ser iluminado con la certeza de estar vivos.



Capítulo 6: La Perspectiva desde el Más Allá

"A veces, hace falta asomarse al borde del abismo para descubrir cuán sagrada es la vida que dábamos por sentada."

La Perspectiva Desde el Más Allá es como contemplar el mundo desde la cima de una montaña a la que solo se accede después de cruzar un valle oscuro y profundo. Desde esa altura emocional y espiritual, la mirada se expande y todo lo que parecía cotidiano se revela sagrado. Después de enfrentar cara a cara la sombra de la muerte y regresar con vida, puedo afirmar con certeza que mi visión del mundo ha sido transformada de forma irreversible. Lo ordinario ahora se viste de extraordinario; lo simple, de milagro. Cada momento se ha vuelto más precioso, cada experiencia más significativa, cada relación más sagrada.

Cada instante de vida se ha vuelto más precioso, como si cada segundo tuviera una textura distinta, más densa, más llena de sentido. Ya no vivo corriendo detrás del tiempo; ahora lo contemplo, lo saboreo, lo abrazo. He aprendido que el presente es un santuario, y que cada respiración es una plegaria silenciosa que eleva mi alma con gratitud. La sonrisa de un ser querido, el olor del pan caliente, el roce del viento, todo es ahora una sinfonía sutil que antes, en mi prisa, simplemente ignoraba.

Desde esta nueva perspectiva, he llegado a apreciar la fragilidad y la belleza de la existencia humana, incluso con la misma admiración con que se observa una flor que solo florece un día: con asombro, con ternura, con reverencia. Para mí, de esta nueva perspectiva, cada respiración es un

milagro, cada latido de corazón una sinfonía de vida. He aprendido a mirar con nuevos ojos, a escuchar con más atención, a hablar con más intención. Vivir con autenticidad ya no es una meta lejana, sino una necesidad urgente. He aprendido a no dar por sentado los pequeños momentos de felicidad, las sonrisas de seres queridos, el calor del sol en mi rostro. Cada instante es una oportunidad para encontrar la belleza en lo ordinario, para celebrar la maravilla de estar vivo.

También he llegado a comprender la fugacidad de la vida y la importancia de vivir con autenticidad y propósito. Porque la vida, lo sé ahora, es tan fuerte como frágil, tan eterna como efímera. Desde esta nueva perspectiva, he aprendido a dejar de lado las trivialidades y enfocarme en lo que realmente importa: el amor, la conexión, el crecimiento personal. Así mismo, he aprendido a abrazar la incertidumbre del más allá con serenidad y aceptación, confiando en que hay un propósito más grande detrás de cada experiencia que vivimos.

Desde esta nueva cima, he comprendido que lo verdaderamente valioso no puede medirse ni pesarse. La riqueza no está en las cuentas bancarias, sino en las memorias que atesoramos, en los abrazos que dimos, en las veces que elegimos el perdón en lugar del rencor. Desde esta nueva perspectiva, todo lo material ha perdido su brillo superficial, y en su lugar resplandece lo invisible: la conexión humana, la compasión, la entrega sincera.

La Perspectiva Desde el Más Allá me ha llevado inevitablemente a preguntarme por mi legado. ¿Qué quedará de mí cuando ya no esté? ¿Qué palabras sobrevivirán a mi voz? ¿Qué huellas dejarán mis pasos? No

es ego ni vanidad, es la conciencia serena de que nuestras acciones tienen peso, que nuestros gestos trascienden. Cada acto de bondad, cada abrazo que dimos con sinceridad, cada mano que tendimos a tiempo, se convierte en semilla para un bosque que quizá nunca veamos, pero que otros habitarán.

Y en esa misma reflexión, también me encontré de frente con lo trascendental. La muerte, que tanto tememos, ya no es para mí un final oscuro, sino una puerta hacia algo más grande. No tengo respuestas absolutas, pero sí una paz inexplicable. Como si al estar tan cerca del límite, hubiera comprendido que lo eterno no está al otro lado de la vida, sino latiendo dentro de ella, en cada gesto de amor, en cada mirada sincera, en cada acto de fe.

Durante nuestra existencia en este mundo, constantemente se nos ha dicho que el más allá es incierto, que es un velo del cual nadie regresa con certeza. Y, sin embargo, yo estuve allí, o por lo menos al borde, con un pie suspendido en el vacío. No vi túneles luminosos ni voces que me llamaran desde una luz celestial. Lo que viví fue una despedida silenciosa, una sensación de estar siendo arrancado, a punto de desvanecerme. Y aunque no vi la luz al final del túnel, sí sentí cómo cada paso me alejaba, con una lentitud triste, de este mundo que amo profundamente. Fue ahí, en ese borde invisible, donde entendí que la vida es un milagro constante, que no necesita adornos ni promesas celestiales para ser profundamente sagrada.

Desde esa experiencia límite, he aprendido a vivir con una profundidad distinta. Ahora sé que el verdadero más allá no comienza cuando morimos, sino cuando despertamos a la plenitud de lo que somos. Cuando dejamos

de sobrevivir y empezamos, por fin, a vivir. Cuando elegimos mirar con compasión, hablar con honestidad y amar sin reservas. Esa es, para mí, la verdadera trascendencia.

Ver la vida desde la Perspectiva del Más Allá es como si alguien te entregara un nuevo par de ojos, no los físicos, sino los del alma. Todo cobra otro color, otro ritmo, otra dimensión. Las prisas pierden sentido, las apariencias se desvanecen, las exigencias del mundo moderno se vuelven susurros lejanos. En cambio, cobran fuerza los silencios compartidos, los abrazos sinceros, la risa espontánea, las conversaciones que se dan sin afán. Desde aquí, uno entiende que las cosas más importantes no son cosas.

Y es en los pequeños detalles donde esta perspectiva encuentra su máxima expresión. El olor del café en la mañana ya no es rutina, es celebración. El sonido de la lluvia en la ventana ya no es ruido de fondo, es música sagrada. Una caminata lenta, una palabra amable, una lágrima compartida... todo eso ahora tiene el peso de lo eterno. Porque cuando has estado tan cerca de dejarlo todo, entiendes que lo cotidiano es en realidad milagroso. La vida se revela, no en los grandes logros, sino en las pequeñas decisiones diarias de elegir la bondad, de optar por la ternura, de caminar con gratitud.

Por eso, la Perspectiva Desde el Más Allá no es un título metafísico ni un juego de palabras. Es una confesión. Es la voz de alguien que estuvo a punto de irse y, al quedarse, entendió el privilegio de permanecer. Es la mirada de un alma que aprendió que el tiempo no se mide en años, sino en momentos que nos transforman. Y que el verdadero más

allá está, quizá, en el modo en que decidimos vivir el aquí y el ahora.

Así, al mirar hacia el futuro desde esta nueva cima de conciencia, lo hago con el corazón lleno de gratitud, con amor, con la fe intacta, la esperanza como bandera y una mente abierta a las infinitas posibilidades que la vida tiene para ofrecer. Porque al final del día —y lo digo con la autoridad de quien estuvo al borde de partir— lo que realmente importa no es cuánto tiempo pasamos en este mundo, sino cómo elegimos vivir cada instante, cada segundo que se nos ha concedido.



Capítulo 7: Vivir sabiendo que todo termina

"Lo más bello de la vida no es su duración, sino su fragilidad, porque en ella se esconde el milagro de cada segundo."

La vida es como una frágil burbuja de jabón que flota en el aire, hermosa y efímera. En cualquier momento, un simple soplo de viento puede hacerla estallar en mil pedazos, recordándonos la impermanencia de nuestra existencia. En ese instante, lo que una vez fue una visión clara y cristalina se desvanece en el aire, dejando solo la memoria de su breve resplandor.

Como la burbuja de jabón, nuestras vidas están sujetas a la fragilidad del tiempo y la contingencia del destino. En un abrir y cerrar de ojos, todo puede cambiar: un latido del corazón puede convertirse en un suspiro final, un momento de distracción puede dar lugar a una tragedia irreparable. Nos enfrentamos a la realidad de que la vida es un regalo precioso y frágil, que debe ser valorado y apreciado en cada instante.

Esta fragilidad no debe asustarnos, sino despertarnos. Es precisamente porque sabemos que la burbuja puede estallar que nos detenemos a mirarla con mayor atención, a contemplar los colores que reflejan la luz, a disfrutar de su danza breve pero majestuosa en el aire. Así también deberíamos contemplar nuestra propia existencia: como un espectáculo digno de asombro, como una coreografía irrepetible que merece ser vivida con todos los sentidos despiertos.

Quizás el verdadero desafío no es prolongar la vida, sino intensificarla. Vivirla con la conciencia de su fugacidad. Como quien sostiene entre sus manos un copo de nieve sabiendo que se derretirá, pero que en su breve contacto puede sentir la maravilla del universo concentrada en una simple bola de hielo.

Por eso, es importante aprender a apreciar la belleza efímera de la vida, a encontrar alegría en los pequeños momentos y a abrazar cada experiencia con gratitud y amor. Al igual que la burbuja de jabón que baila en el aire, nuestras vidas son fugaces y delicadas, pero también están llenas de luz y color. Cada día es una oportunidad para celebrar la maravilla de estar vivo, para amar y ser amado, para dejar una huella positiva en el mundo que nos rodea.

Entonces, que esta metáfora nos recuerde la importancia de vivir con plenitud y pasión, de valorar cada día como un regalo precioso. Que nos inspire a abrazar la belleza efímera de la vida y a compartir nuestro amor y gratitud con aquellos que nos rodean.

Ahora, quiero invitarte a reflexionar con una pregunta que ha marcado mi vida desde muy joven: ¿Qué pasaría si Dios me permitiera asistir a mi funeral? Imaginemos por un momento que, al llegar al final de nuestro viaje terrenal, somos testigos de nuestro propio funeral desde una perspectiva más allá de la vida. Nos encontramos en una encrucijada entre el mundo de los vivos y el reino de lo desconocido, observando con una mezcla de nostalgia y curiosidad mientras nuestros seres queridos se reúnen para despedirnos.

Al ver a nuestros familiares y amigos llegar, podemos sentir una mezcla de emociones que nos embarga el corazón. Vemos las lágrimas que resbalan por sus mejillas, los abrazos que se dan en busca de consuelo, las palabras de afecto que se elevan en el aire como pétalos de flores al viento. Sentimos el peso de la pérdida en sus corazones, pero también la fuerza del amor que los une en su dolor compartido.

Al contemplar nuestro propio cuerpo sin vida, podemos experimentar una sensación de extrañeza y desconexión. Nos enfrentamos a la realidad cruda de nuestra propia mortalidad, a la fragilidad de la vida que alguna vez conocimos. Pero también podemos sentir una profunda paz, sabiendo que nuestro viaje en este mundo ha llegado a su fin y que nos aguarda un nuevo comienzo en el más allá.

Y entonces, llega el instante final. Cuando el ataúd desciende, cuando los brazos de quienes amamos tiemblan al soltar la cuerda, cuando la primera palada de tierra retumba contra la madera como un tambor que marca el fin de una sinfonía. Es ahí donde todo se vuelve estremecedoramente real. La tierra, húmeda y oscura, cae con un sonido sordo que corta el aire, cubriendonos poco a poco como si la naturaleza misma extendiera su manto para envolvernos en su abrazo definitivo. No es solo un ritual, es un acto de trascendencia, de entrega total.

Sentimos cómo la tierra no solo nos cubre, sino que nos acoge. Es un abrazo frío, sí, pero también es el regreso a un origen, el retorno al polvo del que fuimos formados. Nos fundimos con la tierra, no como un cuerpo que desaparece, sino como semilla que transforma. En ese gesto final, dejamos de ser individuos para convertirnos en parte del

todo: alimentamos raíces, inspiramos recuerdos, provocamos lágrimas que riegan nuevas convicciones. Nuestra presencia, antes contenida en un cuerpo, ahora se expande silenciosa pero viva en la memoria de quienes permanecen.

En ese instante sagrado, nos damos cuenta de algo esencial: lo que verdaderamente permanece no es nuestro cuerpo, ni siquiera nuestros logros más visibles. Lo que queda es el eco de nuestras acciones, las palabras que sembramos en otros, los gestos de amor que marcaron corazones. Somos eternos no por cuánto vivimos, sino por cómo hicimos sentir a quienes nos rodearon.

En este último momento, nos despedimos del mundo de los vivos con gratitud y aceptación, sabiendo que nuestra vida ha dejado una huella indeleble en el corazón de quienes nos amaron. Nos desvanecemos en la oscuridad con la certeza de que nuestro espíritu vive en cada recuerdo, en cada acto de bondad, en cada rayo de luz que ilumina el camino de aquellos que dejamos atrás. Y así, en el crepúsculo de nuestra existencia, encontramos la paz y la serenidad que tanto anhelamos, sabiendo que hemos cumplido nuestro propósito en este mundo y que nuestro legado perdurará más allá del tiempo y el espacio.

Que nunca olvidemos, entonces, que cada instante es una oportunidad sagrada. Que la vida, aunque frágil como una burbuja de jabón, es también mágica, impredecible y profundamente hermosa. Que mientras estemos aquí, debemos soplar nuestras propias burbujas con el aliento de la esperanza, con el aire del amor, y verlas flotar... sabiendo que incluso lo breve puede ser eterno si es vivido con el alma despierta.

Capítulo 8: Segundas Oportunidades, o Últimos Adioses

"El olvido es cómodo, pero la vida, fiel a su forma, siempre encuentra la manera de recordarte lo que aún no has terminado de sanar."

Después de la tormenta, el cielo se despeja. Y a veces, cuando la luz regresa, uno cree que todo ha quedado atrás. Los días comienzan a parecer normales otra vez. Las tareas cotidianas, los correos sin responder, el tráfico, las reuniones, las cuentas, los mensajes por contestar... todo vuelve con una intensidad que te arrastra de nuevo al ritmo frenético del mundo. Sin darte cuenta, ese corazón que estuvo al borde del silencio vuelve a latir al compás del reloj, no del alma.

Volver a la rutina es, en cierto modo, un alivio. Nos hace sentir que hemos dejado atrás el miedo, el dolor, la fragilidad. Pero también es una trampa. Porque mientras más corremos, más olvidamos. Olvidamos lo cerca que estuvimos de perderlo todo. Lo cerca que estuvimos de no volver. De no abrazar. De no volver a mirar el amanecer ni escuchar la risa de quienes amamos.

Yo también lo olvidé. No por falta de gratitud, sino por exceso de ruido. El mismo que te empuja cada mañana a levantarte sin pensar, a correr sin respirar, a hacer sin sentir. Y entonces, como quien recibe una llamada en medio del bullicio, la vida te sacude. Una punzada leve en el pecho, un cansancio inexplicable, una presión que parece pequeña, pero que tú ya sabes que no puedes ignorar. Porque has estado ahí. Porque reconoces el susurro del abismo.

Ese día no fue como los otros. La consulta médica, que parecía de rutina, terminó revelando algo inesperado. Un nuevo examen cardiológico. Una imagen, una evidencia. La cicatriz estaba ahí. No era invento, no fue paranoia. El infarto había existido. El corazón había sido herido. Milagrosamente, había resistido.

La doctora levantó la mirada, confundida por la ausencia de huellas visibles en los registros anteriores. Yo, en cambio, lo entendí todo. No necesitaba más explicación. Ese resultado no era una amenaza. Era una nota escrita por Dios en el margen de mi historia. Era su forma de recordarme que lo vivido no fue un mal sueño. Fue real. Y lo superé. O mejor dicho, fui sostenido.

En ese instante, algo en mí se quebró de nuevo. No el cuerpo, sino el alma endurecida por la rutina. Recordé las lágrimas de mi esposa, la voz de mi hijo a través de una videollamada, el rostro de mi madre temblando al verme inmóvil. Recordé el silencio blanco de la UCI, las luces que no eran estrellas, los tubos que me sostenían. Y me pregunté: ¿vale la pena seguir viviendo como si nada hubiera pasado?

Claro que hay días de calma. Días donde todo parece fluir con serenidad. Días en los que olvido. En los que sonrío sin recordar el dolor. En los que vuelvo a hacer planes, a proyectar, a soñar en grande. Pero también hay otros días en los que un simple olor, un sonido, una molestia física, me devuelve a esa camilla fría, a esa oración susurrada con el alma.

Pero tal cual y como si la vida insistiera en no dejarme olvidar lo que viví, llegó un nuevo golpe. Una noche de sábado, cuando todo parecía estar en calma y los ruidos del

mundo se habían aquietado, recibí una llamada que rompió el silencio con la violencia de una tormenta inesperada. Al otro lado de la línea, la voz temblorosa de mi hermana me dijo que mi mamá había fallecido. Mi mamá... la misma que, con paso lento y mirada cargada de amor, había cruzado la puerta de la unidad de cuidados intensivos un año atrás para verme entre cables, respiradores y oraciones. La misma que en su silencio, me abrazó con solo estar ahí, sosteniendo mi existencia con la fuerza invisible que solo una madre sabe entregar. Esa noche no hubo espacio para procesar, solo para actuar. Tomé aire o por lo menos lo que quedaba de él en medio de ese dolor y me dirigí a la clínica para entregarla a la funeraria, con el corazón apretado por una mezcla incomprensible de incredulidad, tristeza y resignación.

Lo más devastador fue descubrir que todo había sucedido en la misma clínica donde comenzó mi propio descenso a la oscuridad. Las mismas paredes, los mismos pasillos, la misma sala de urgencia. Como si el destino jugara a burlarse de mis recuerdos. Y al ver su historia clínica, lo imposible se convirtió en espina: el diagnóstico decía *Infarto Agudo del Miocardio*. Mismo diagnóstico. Mismo lugar. Dos cuerpos distintos. Dos destinos opuestos. Para mí, representó una segunda oportunidad; para ella, fue un adiós sin despedida, un cierre sin palabras, un eco que todavía duele en lo más profundo. Aquel día entendí, con una claridad cruel, que la vida es un soplo, sí, pero también una paradoja. Y que no todos los que amanecen con dolor en el pecho tienen la bendición de volver a ver la luz del día. Ella no volvió, y yo sigo aquí... recordando que sigo aquí.

Sin embargo y a pesar de esos recuerdos permanentes de lo sucedido, entiendo que no se trata de vivir con miedo,

sino con memoria. La memoria de lo que fui, de lo que casi pierdo, de lo que todavía puedo ser. La vida me llama, no solo para seguir, sino para vivir diferente. Más despacio, más profundo. Con más pausas, con más alma. Con el corazón atento a los milagros pequeños: un café caliente, una carcajada sincera, un "te amo" sin motivo.

Porque cada presión en el pecho ya no es solo un síntoma médico. Es un campanazo del cielo. Un eco sagrado que retumba desde lo alto, como si Dios tocara la puerta de mi carne para recordarme que sigo aquí por algo más grande que la lógica y la medicina. Es un susurro urgente disfrazado de dolor, una señal divina que no duele para castigar, sino para despertar. Es la manera en que el cielo me sacude cuando mis pies vuelven a hundirse en la rutina, cuando mi alma se adormece entre los pendientes del calendario y las metas que, una vez más, me hacen olvidar que estuve al borde de no volver. Esa presión que aprieta el pecho no solo opprime el cuerpo, también abre el alma. Es una advertencia con amor, firme pero compasiva: "No olvides quién te sostuvo cuando nada más podía hacerlo. No olvides que viviste lo que muchos no sobreviven. No olvides que esta vida, que ahora llevas a cuestas, es un regalo, no una costumbre".

Ese infarto, invisible por tanto tiempo, no me mató. Pero me marcó. Y hoy, mientras escribo estas líneas, no tengo miedo de volver a caer, porque sé que también puedo volver a levantarme. Pero esta vez, con los ojos abiertos y el corazón más despierto que nunca.

Capítulo 9: Agradecimientos

Querida esposa,

Quiero dedicarte estas palabras a ti, mi compañera de vida, mi amiga, mi cómplice, mi roca en medio de la tormenta. Durante los días más oscuros de mi vida, fuiste mi luz, mi razón para seguir adelante. Estuviste a mi lado en cada momento, sosteniéndome con tu amor incondicional y tu fuerza inquebrantable. No puedo expresar con palabras cuánto significó para mí tener tu presencia reconfortante en medio de la incertidumbre y el miedo.

Fuiste mi apoyo inquebrantable, mi confidente más cercana, mi inspiración para seguir luchando. En cada mirada, en cada gesto de ternura, encontraba la fuerza para enfrentar otro día, otro desafío. Tus palabras de aliento fueron como un bálsamo para mi alma herida, recordándome que no estaba solo en este viaje hacia la recuperación.

No puedo imaginar el dolor y la angustia que debiste soportar al enfrentar la posibilidad de mi partida. Pero a pesar de todo, nunca vacilaste en tu fe, nunca perdiste la esperanza. Tu amor incondicional fue mi ancla en medio de la tormenta, manteniéndome firme cuando sentía que todo se desmoronaba a mi alrededor.

A mi querido hijo Samuel,

Quiero dedicar unas palabras especiales a ti, mi amado hijo, mi luz en medio de la oscuridad, mi razón para seguir adelante en los momentos más difíciles. Desde el momento en que llegaste a mi vida, has sido mi mayor fuente de

alegría e inspiración, llenando cada día con tu risa contagiosa y tu amor incondicional.

Durante los días más oscuros de mi enfermedad, fuiste mi rayo de esperanza, mi razón para aferrarme a la vida con todas mis fuerzas. Los momentos vividos contigo, fueron un recordatorio constante de todo lo que tenía por qué luchar, de todas las razones por las que valía la pena seguir adelante.

Aunque la enfermedad me mantuvo alejado de ti físicamente, nunca estuviste lejos de mi corazón. Cada pensamiento, cada oración, cada latido de mi corazón era para ti, mi querido hijo, mi mayor tesoro en esta vida. Espero que algún día entiendas cuánto significas para mí y cuánto me has dado fuerzas para seguir adelante en los momentos más difíciles.

A mi familia y amigos,

Quiero expresar mi profundo agradecimiento a cada uno de ustedes por su amor y apoyo durante este difícil periodo. Desde el momento en que recibieron la noticia de mi enfermedad, estuvieron a mi lado, ofreciendo su ayuda, sus palabras de aliento y sus oraciones.

Ese apoyo incondicional fue un recordatorio del poder del amor y la comunidad para sanar y fortalecer. Sus mensajes, llamadas y palabras de aliento, fueron un faro de luz en medio de la oscuridad, guiándome hacia la esperanza y la recuperación.

A todos aquellos que se unieron en oración por mi salud, quiero expresar mi más sincero agradecimiento. Hoy soy un testimonio de que sus oraciones fueron escuchadas y

respondidas por nuestro Dios. Su fe y esperanza me dieron fuerzas para seguir adelante incluso en los momentos más difíciles.

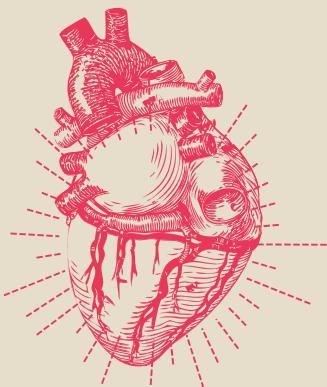
En cada gesto de amor y solidaridad, vi la mano de Dios obrando en mi vida, recordándome que nunca estamos solos en nuestros momentos de necesidad.

En conclusión, quiero expresar mi más profundo agradecimiento a cada persona que estuvo a mi lado durante este difícil periodo. Su cariño, bondad y generosidad han dejado una huella indeleble en mi corazón, y siempre estaré agradecido por tenerlos en mi vida. Que nuestras experiencias compartidas nos unan aún más como familia y amigos, y que sigamos celebrando juntos la belleza y la fragilidad de la vida.

Víctor Alfonso Ibarra Osorio

LA PERSPECTIVA

Desde el Más Allá



**¿Y si la vida te diera una segunda oportunidad,
pero primero tuvieras que mirar de frente a la
muerte?**

Cuando el corazón grita lo que el alma calla no es solo una historia de supervivencia. Es un recorrido íntimo y crudo por los pasillos de una clínica, por las sombras de una Unidad de Cuidados Intensivos, por los temblores del cuerpo y del alma. Es un testimonio real, escrito con el corazón y desde el corazón, de un hombre que tocó el abismo y regresó para contarlo.

Este libro no te ofrece respuestas fáciles, pero sí preguntas necesarias: ¿estás viviendo o solo sobreviviendo?, ¿cuánto de lo que persigues cada día realmente importa?, ¿qué harías si tu siguiente respiración fuera la última?

Narrado con profundidad, metáforas poderosas y una fe que abraza incluso la incertidumbre, esta obra te invita a detenerte, a mirar tu vida desde otra perspectiva... desde el más allá, sin haber tenido que morir.

Ideal para quienes han pasado por pérdidas, enfermedades, momentos de crisis o simplemente sienten que necesitan reencontrarse con el sentido profundo de estar vivos.